

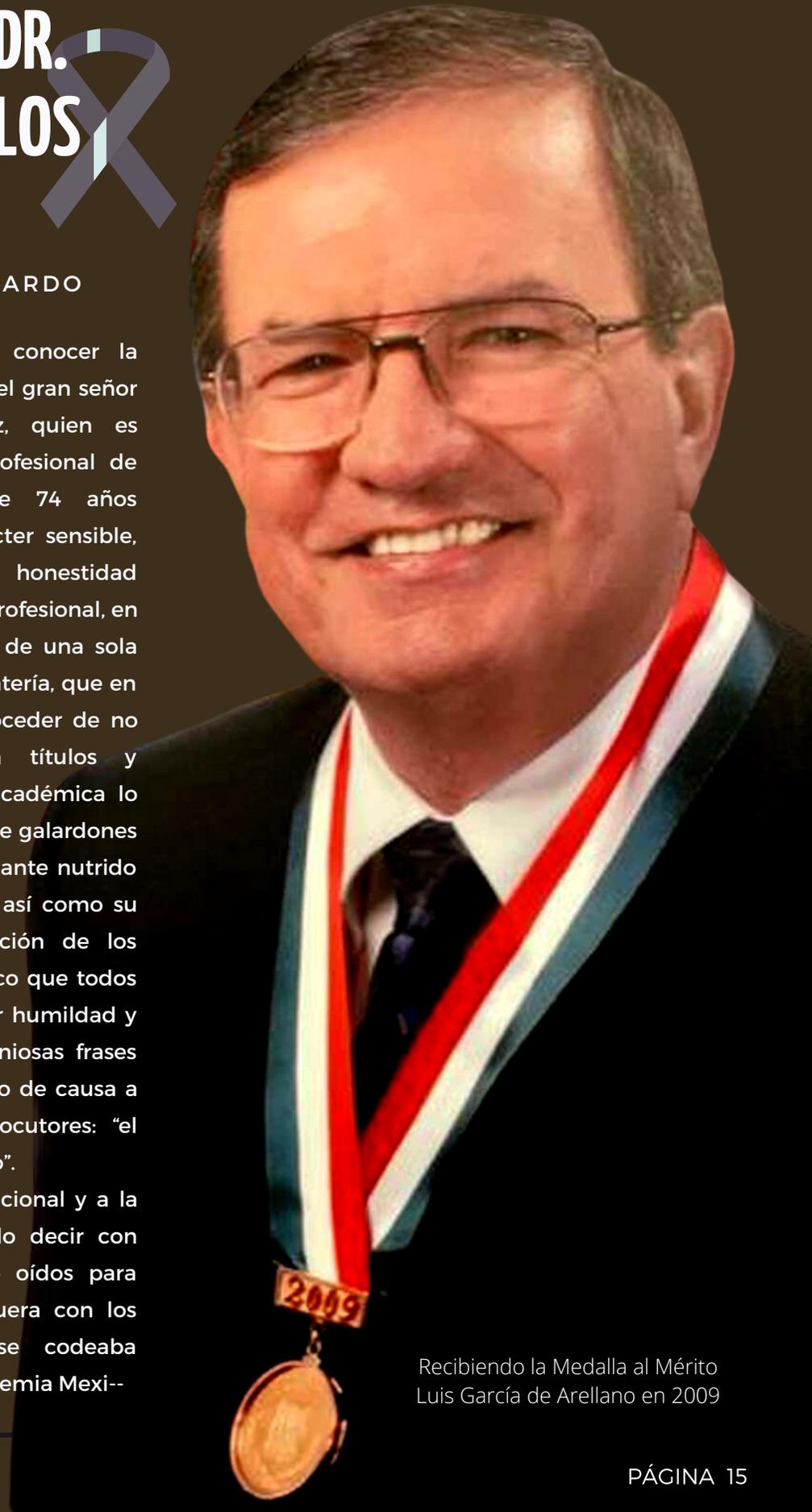


HOMENAJE AL DR. MANUEL CEBALLOS RAMÍREZ

JOSÉ LUIS AGUILAR GUAJARDO

El pasado 10 de mayo se dio a conocer la lamentable noticia del fallecimiento del gran señor que fue Manuel Ceballos Ramírez, quien es considerado el primer historiador profesional de Tamaulipas. Murió a la edad de 74 años distinguiéndose siempre por su carácter sensible, afable, noble en extremo y por la honestidad irreprochable en su actuar personal y profesional, en pocas palabras hombre y académico de una sola pieza. Ajeno a toda arrogancia y pedantería, que en muchos casos es consustancial al proceder de no pocos intelectuales cargados con títulos y posgrados. Su trabajo y trayectoria académica lo hicieron acreedor a un buen número de galardones y preseas de primer orden, pero su talante nutrido en el seno de una familia armoniosa así como su formación religiosa en la Congregación de los Hermanos Maristas, forjaron al ser único que todos conocimos rebosante de una ejemplar humildad y sencillez. Cabe aquí una de sus ingeniosas frases favoritas que repetía con conocimiento de causa a la menor provocación de sus interlocutores: “el elogio en boca propia, suena a vituperio”.

Me distinguió con su amistad incondicional y a la vez fue mi mentor y maestro. Puedo decir con seguridad, que invariablemente tuvo oídos para quien llegara a charlar con él; así fuera con los grandes nombres con los que se codeaba cotidianamente, sus colegas de la Academia Mexi--



Recibiendo la Medalla al Mérito
Luis García de Arellano en 2009



cana de la Historia como Josefina Vázquez, Jean Meyer, Javier Garcíadiego, Enrique Krauze, o bien con sus alumnos y jóvenes principiantes de la carrera en Historia y así con todo el mundo que lo rodeaba. Nunca menosprecio a nadie y por el contrario gustaba de aconsejar a sus discípulos con ese don de la palabra que lo caracterizaba, echando mano de la frase sabia, adecuada y oportuna.

Particularmente le guardo una especial admiración y respeto pues fue él, quien en un momento difícil por el que atravesaba cuando pensé abandonar mis estudios en Historia, me deslizó categóricamente el siguiente comentario: “no dejes las pasiones por las oportunidades”, me dijo. Gracias a Manuel Ceballos y a sus prudentes consejos, que me dio entonces y muchas veces después, ahora escribo con afecto y nostalgia estas breves pero sentidas líneas dedicadas en su memoria.

Entre tantas conversaciones amenas y aleccionadoras que sostuvimos a través de los años, permanecen frescas en mi memoria especialmente aquellas que sacaba a relucir con frecuencia sobre temas religiosos y de obras clásicas por ejemplo, ahora recuerdo las de San Agustín, uno de sus múltiples santos predilectos junto al Santo Niño de Atocha. Me expresó en una ocasión con cierta picardía, que cuando acabaran sus días deseaba fervientemente charlar en el reino celestial con el ilustre obispo de Hipona, para increparlo de frente con tantas preguntas que tenía preparadas acerca de la existencia del hombre. Quiero pensar que en ese mismo cielo, al cual Ceballos se refería como escenario hipotético de su encuentro intelectual con otras almas, se habla un mismo idioma espiritual y piadoso para todos y a veces quiero imaginarme con cierto surrealismo exacerbado, al doctor sentado codo a codo en amena charla filosfal con San Agustín, dialogando, resolviendo cuestiones fácticas

Recibiendo la presea al Mérito Histórico
Vito Alessio Robles en 2015



y en momentos de hilaridad, riendo con soltura a carcajada batiente. Es muy probable también que en esos lares se vaya a topar al excelso escritor francés Antoine de Saint Exupery para agradecerle efusivamente por haberle conmovido en tantas ocasiones de franca relectura con el Principito, que parafraseando sus propias palabras, se trata de una de las obras cumbres y de uno de los libros más importantes de la humanidad.

Con estos fugaces pero vivificantes recuerdos personales que ahora comparto con nuestros lectores, deseo unirme al merecido homenaje que el Instituto de Investigaciones Históricas de nuestra Universidad ofrece en honor a la gran figura que fue el doctor Ceballos Ramírez, en razón de su despedida. He querido ponderar y resaltar en ellos la riqueza personal del individuo sobre su formación académica e histórica, para tratar de enfocarme en cambio, en las raíces que nutrieron la esencia de un excelente ser humano. Invariablemente nos recordaba en sus clases tutoriales la importancia que tiene el nivel de calidad del historiador, privilegiando el valor del bagaje cultural y humanístico que este debe demostrar en su quehacer. Sin duda era él mismo quien predicaba con el notable ejemplo de su arrolladora personalidad. Considero que la muerte de Ceballos significa un fuerte golpe para las Humanidades en el noreste mexicano; nos hemos quedado sin el estudioso que siguiendo a Philippe Ariès, se asumió como un “niño que descubrió la frontera” y se cuestionó sobre el complicado y controversial sentimiento de aquellos que viven entre los dos laderos del Bravo, de su forma de ser tan peculiar, su consciencia de alteridad y de su idiosincrasia compartida. Así mismo nos deja un gran vacío con su partida, el ilustre visionario que percibió toda esta amplia región septentrional resumida tan sólo en cuatro estados y una frontera.

No obstante la tristeza que embarga a todos los que conocimos y admiramos a tan insigne historiador, sus amigos, colegas y alumnos guardaremos las buenas remembranzas de su amistad y de sus sabias enseñanzas. Imborrables serán para nosotros sus charlas amenas, su agilidad mental, su elocuente simpatía y buen sentido del humor así como siempre tendremos presente la lista enorme de lecturas y títulos que recomendaba de sus libros favoritos; El hombre en busca de sentido de Frankl, El Quijote, la parábola del hijo pródigo del evangelio de San Lucas, la obra de Santa Teresa, La cartilla moral de Reyes, Las diez razones de Pérez Tamayo, La vida intelectual de Sertillanges, así también sugería disfrutar del estudio de Croce, Ginzburg y de Santo Tomás, del que repetía el significado de la envidia, decía citándolo que esta emoción negativa era ni más ni menos el sufrimiento permanente por el bien ajeno.

Otro de los grandes teólogos y poetas con el que a menudo lo evoco, es el famoso agustino de la edad de oro del renacimiento español, fray Luis de León. De éste último recitaba de corrido y de un jalón la Oda XXIII, que se intitula “Al salir de la cárcel”, que versa de la vida sencilla, de la vida sabia, limpia y alejada de toda clase de imperfecciones capitales:

Aquí la envidia y mentira
Me tuvieron encerrado.
Dichoso el humilde estado
Del sabio que se retira
De aqueste mundo malvado,
Y con pobre mesa y casa
En el campo deleitoso,
Con sólo Dios se compasa,
Y a solas su vida pasa
Ni envidiado ni envidioso.



Descansa en paz Manuel Ceballos Ramírez.